

Sueños de plinto / Gonzalo Calcedo

A los dieciséis años yo era insuperable saltando al plinto. La mejor de cuarto curso. Tomaba carrerilla con toda la convicción del mundo y me proyectaba como en cámara lenta, sostenida por los hilos invisibles que elevaban las alfombras voladoras de las viejas películas. Revoloteaba ante el asombro de todos, como si la atmósfera se hubiese vuelto líquida y buceara en ella. Quedaba suspendida, rechazando las leyes del globo terráqueo. Hasta que un endemoniado diablo mal, me destroce el tobillo derecho "todo lo que concernía a mi astragalito quedó en entredicho" y Angela Rodes me sustituyó magníficamente en el equipo. Entonces humor empeoró. La lesión no mejoraba y no lo haría con la diligencia que yo imploraba cada noche "la escayola era un sarcófago en miniatura", de manera que terminó el curso sin que compitiera. El resto del verano apenas hice otra cosa que quejarme con la pierna en alto, expuesta sobre cojines de raso y bolsas de agua. Inevitablemente, al comenzar quinto las diosas del plinto renovaron sus votos en una ceremonia secreta en los vestuarios, mano sobre mano, sus salivas mezcladas, las lenguas de aspido vibrando. Otras diosas, naturalmente. Y mi foto fue arrancada del tablón de corcho del atrio como si fuera un listado de becas pasado de fecha.

Me quedo como secuela una cojera que, según nuestro traumatólogo, el doctor Silva, se debió a mi resentimiento y no tanto a la realidad de mis tendones y ligamentos.
"Puedes andar perfectamente" me aseguró en la consulta, más preocupado por disculpar un plantón (tenía insistente mujer al teléfono) que por mí. Demuestrámelo, jovencita.
"No puedo."
"Claro que puedes."
"Tapaba y destapaba el auricular con la mano como un timador callejero sus cubiletos."
"Camina recta. Erguida. No te dejes llevar. No me digas que eres incapaz de hacerlo. A tu espalda no le sucede nada" sus cejas, dos interrogantes malevolos: a qué estaba esperando yo para rendirme y echar a andar con soltura. No hay receta para lo que te pasa "concluyó".
"¿Qué tal una silla de ruedas?" "repliqué".
"Hablare con tus padres. Es cuestión de actitud."
"Tengo la mejor actitud del mundo" "lo desafió, enfática".
"Colgó el teléfono estrepitosamente. Acababa de servirle de excusa y acto seguido se mostro más relajado."
"Dile a Ingrid que haga pasar a la senifora Maldon. Contigo ya he tenido suficiente."
"¿La senifora Maldon? Me suena del club de..."
"Ella sí que tiene un auténtico problema con las prótesis de sus rodillas."
"Se puso en pie, bajito, más bien tripón."
"¿Y quién es Ingrid? ¿Otra paciente?"
"La enfermera que te ha estado soportando todos estos meses."
"Y cerró el archivador con mi caso dentro sin mediar palabra: estaba curada."

Aun así vivía convencida de que tenía un tobillo más grande que el otro; incluso mi pie derecho sobrepasaba al izquierdo en tamaño. Una pezunilla de paquidermo. Escribí sobre ello en mi diario, añadiendo toscos dibujos. Había perdido sensibilidad en la pierna, la flexibilidad se había esfumado sin contemplaciones; de repente era anciana y una vez, recuerdo, me cedieron el asiento en el autobús.
"Fingí, niñato" le dije al chico, y él se llevó su libro de poemas de Nicolai Valtieri y su interminable bufarido asiento corrido del fondo, allí donde yo no llegaría nunca para pedirle perdón.
"Se hizo el silencio a mi alrededor, el sonido del tráfico se oía tan lejano y amortiguado que parecía provenir del último recoveco de mi cerebro. Hasta el conductor volvió la cabeza. Fue entonces cuando dije:
"Es una discusión de poesía. Somos gente culta. Luego, como el común de los mortales, haremos las paces" y froté el cristal de la ventanilla con la manga de mi chaquetón de piel vuelta que, mojado, olió a oveja.
"Un frenazo del autobús me crispó la pierna. Lancel un grito al que nadie encontró una explicación."
"¿Me duele!" "expliqué con lágrimas en los ojos". "¿Es que nadie puede entenderlo? ¿Soy una artista!"
"En ocasiones, los dolores que me contraían la pierna" "una licenciosa anguila eléctrica que ardía bajo mi piel" también me deformaban la cara. Ningún especialista detectó un nervio dañado. Era yo. Me gustaba exagerar, hacer muecas. Había sido el centro de atención y ya no lo era. Para tomarme la revancha insistí en mis silbidos y flojeaba en los exámenes porque le dedicaba horas a mis recientes empezadas memorias. Los mayores "padres, profesores y neurologos" cuchicheaban cerca, se sonreían escépticos. Al parecer no les importaba la cojera. Se me pasaría.
"Lo del tobillo es historia. No puede dar más de sí. Yo creo que está enamorada de Luis Medel" fue la senifora Sara, mi hermana mayor, durante un almuerzo vegetariano (mi madre había decidido que los jueves serían así, verdes, frescos y crudos) y juré para mis adentros que la mataría.

Una noche entre en su habitación con un cuchillo en la mano y aguardé un rato mientras dormía. Me sentía albina, transparente. Una medusa urticante proveniente de fondos abisales. Mientras tanto podía escuchar su satisfecha respiración. Como siempre, se había dado un banquete de popularidad. Sara tenía un éxito desmedido e inmerecido entre los chicos del último curso, aquellos que ya tentaban la universidad. El mundo tozudo y exageradamente masculino de ellos se resumía en conseguir sus favores: no quedaba otra mujer deseable en todo el continente. Sara dormía de costado, con la curva de la cadera convertida en un montículo lunar realzado por la fluorescencia que

atravesaba el cristal. No habil•a estores ni visillos en su ventana porque no se avergonzaba de sus conseguidos volu•menes. Los dema•s dormil•an, ajenos a mi labor de centinela. Al cambiar de postura intuyo• algo y debio• entreabrir un ojo.

••••• â€”Â¿Que• haces ahil• plantada? Me has dado un susto de muerte.

••••• â€”Me he movido y ha crujido mi tobillo. El muy hijo de puta no me sirve ni para pasar desapercibida.

••••• â€”Cuel•ntame lo que se supone que esta•s haciendo, deslenguada

••••• â€”dio varios manotazos a la lamparilla de su mesita hasta conseguir encenderla. Giro• la pantalla como un foco en direcci•n a mi•, dejai•ndome en inferioridad de condiciones.

••••• â€”No estoy de humor para ma•s interrogatorios â€”yo habil•a tenido el tiempo justo de esconder el cuchillo en la c del pijama.

••••• â€”Eso lo decidire• yo. Â¿Que• tienes que decir en tu defensa, chalada?

••••• Aquel estilete justiciero me hacil•a cosquillas en el nacimiento de la espalda, un cuchillo de cocina no demasiado agresivo, con la punta redondeada como un pico de pato: el primero que habil•a encontrado en el cajol•n de la mesa.

••••• â€”Habla con mama• de esas cosas â€”agregol• ante mi mutismo, dal•ndose la vuelta en la cama con desprecioâ€” una charlita muy cursi que no olvidara•s nunca â€”hundiol• la cara en la almohada para seguir durmiendo.

••••• â€”Â¿A que• cosas te refieres?

••••• â€”Por Dios, Â¿que• va a ser? Eso que sucede entre tus piernas. Â¿No estara•s embarazada, verdad? Col•mo ha ser tan idiota. Â¿Lo has hecho por venganza? Me parece que has errado el blanco. Papa• y mama•, que yo sepa, apenas te odian. Me odian a mi•.

••••• Yo no tenil•a novio conocido y en cierta manera me halagaron sus suposiciones. Fui a sentarme al borde del colchol•n, un gesto que la puso todavil•a de peor humor: el puntapiel• bajo la colcha me dio en el muslo.

••••• â€”Fuera. Manl•fana tengo que madrugar.

••••• â€”Me duele el pie â€”tratel• de defenderme con lo de siempreâ€”. Me ha salido un cardenal en el tobillo.

••••• â€”Â¿Vuelves otra vez con lo mismo? â€”habil•a apagado la luz y la encendio•, exasperada. Doblo• la almohada para usarla de respaldo mientras extrail•a de su paquete un purito que recordaba a una barra de inciensoâ€”. Abre la ventana, por favor. Necesito respirar aire fresco â€”aguardol• a que lo hiciese para chasquear el encendedor.

••••• â€”Â¿Sabe bien esa cosa?

••••• â€”Mentolado.

••••• â€”Â¿Me das una calada?

••••• â€”No. Y sabes una cosa, calamidad, no tienes nada en ese tobillo. Tu lesiol•n es una patranl•fa. Â¿Has probado d nuevo a saltar? Era una tonteril•a para ti. Lo hacil•as sin esfuerzo.

••••• â€”Odio el plinto. Intentel• quemarlo.

Si cerraba los ojos podil•a verme a mi• misma rocial•ndolo con todas las colonias y lociones que pude robar de las taquillas, mientras el resto de la clase corril•a al aire libre. Eso fue lo peor, el robo, la violencia que me rompio• las unl•fas. Los ridil•culos candados forzados con el destornillador que llevaba dentro de una carpeta. Las cremalleras de las bolsas de deporte reventadas. Los frasquitos cail•dos en mitad de un charco embriagador. Los cepillos como puercoespines pisoteados, muertos, con su tripa de goma rosa al aire.

••••• â€”Algo oil• â€”dijo mi hermana.

••••• â€”La madera se puso grasienta y sali•a humo. Algo chisporroteaba entre los cajones, pero no vi llamas. Queril•a h una pira funeraria. Habil•a pensado en quemarme encima, como una sacerdotisa. Metil• dentro periol•dicos y revistas. Todo lo que encontrel• en las papeleras. Tambiel•n quemel• los apuntes de lengua y el cuaderno de filosofil•a.

••••• â€”Â¿Tus apuntes?

••••• â€”De ma•s gente. Y libros. Los de ellas. Las diosas.

••••• â€”Â¿Quemaste libros?

••••• â€”Sii•.

••••• â€”Sigue.

••••• â€”Luego me dio miedo que ardiese todo el pabellol•n e intentel• apagarlo con el extintor del vestuario, pero no funcionaba. Ese chisme pesaba una enormidad, ma•s que yo, y apenas sali•a un borboto•n de espuma. Una de las limpiadoras pasaba por allil• y se puso a dar gritos.

••••• â€”Y el profesor de gimnasia hizo que te metiesen un parte. Al final hubo un acuerdo, pero mama• llorol• bastante despacho del jefe de Estudios. No pensaste en los dema•s cuando hiciste la hoguera, Â¿verdad? Pensabas en ti misma, por supuesto... â€”me conocil•a bien. Tenil•a un par de anlfos ma•s que yo, dos anlfos que parecil•an diez y de los buenos: experiencia, hombres y saber estar. Lo que a mi• me faltaba a manos llenas.

••••• â€”Perdil• la gracia â€”dijeâ€”. El don de saltar. De crear algo.

••••• â€”El curso que viene irel• a la universidad y podra•s quedarte con mi cuarto, si eso es lo que quieres. Has venido echar un vistazo, Â¿no? Si pierdes un poco de peso hasta podril•as heredar la ropa que deje. Desde que no saltas has engordado.

••••• Pero yo no envidiaba aquellos metros cuadrados, el tocador de actriz ribeteado de focos, el vestidor con luz cenital y espejo de cuerpo entero, el lavabito â€”una concha de peregrinoâ€” camuflado en el trampantojo de un cajol•n. Mi cuchitril estaba en el al•tico y tenil•a el techo abuhardillado. Arriba podil•a sentir los pal•jaros refugial•ndose en las cuevecillas de las tejas. Cuando llovil•a cail•a metralla del cielo. Habitarlo no era estar en la cima, como habil•a pensado al principio, cuando recibil• aquella intimidad como premio por unas buenas notas. Era un exilio, aunque mis padres segui•an pensando que mi predilecci•n por el espacio infinito me hacil•a feliz. Dormir bajo un manto de estrellas, Â¿habil•a algo mejor que eso para una escritora romal•ntica?

Â Â Â Â Â â€”Me muero de sueñfo, hermanita â€”Sara lanzol• un bostezo de leol•n nada femeninoâ€”. Â¿Por quel• no te vu
Â Â Â Â Â â€”No puedo dormir.
Â Â Â Â Â â€”Pues ponte a escribir en tu diario.
Â Â Â Â Â â€”No se me ocurre nada.
Â Â Â Â Â â€”Â¿Has perdido el talento? Quel• drama. Baja a ver la televisiol•n. Papaì• y mamaì• no van a despertarse. Anoche
tuvieron bronca. Â¿No los oì•ste?
Â Â Â Â Â Me encogì• de hombros; sus cuitas ya no me importaban. Eran libres para divorciarse si querì•an. Y en ese
momento recordel• que pensaba en ellos y su desamor cuando corri•a hacia el plinto aquel horrendo diì•a. Los tenì•a en mi
mente al errar el impulso y comenzar a desequilibrarme. Nada pudo remediar el tropiezo. Ninguì•n Àì•ngel de la Guarda
paralizoì• mi caì•da. La belleza de mi ruì•brica habitual, con los brazos en cruz, los pies en punta, quedol• vilmente destruida.
Se escuchol• un Â«ohÂ» de mis companì•feras â€”horror y satisfacciol•n a partes igualesâ€” y luego mis gemidos. Me sacaron
camilla. Alguien â€”no recuerdo quiel•nâ€” me tenì•a cogida la mano y me daba palmaditas en el dorso. La decepciol•n genera
debil•a a que no se hubiese escuchado ninguì•n chasquido de huesos ni hubiera sangre sobre el parquet.
Â Â Â Â Â No habil•a vuelto a recordarlo con tanta claridad desde hacì•a mucho tiempo.
Â Â Â Â Â â€”Â¿Puedo quedarme un ratì•o maì•s?
Â Â Â Â Â â€”Cinco minutos â€”concedì•l• mi hermana.
Â Â Â Â Â Se le estaba acabando el purito. La ceniza iba a parar a la monda perfectamente cortada de la naranja que habil•a
sido su depurativa cena. Lo aplastÃ³, manchaì•ndose los dedos; se limpiol• con un panì•fuego de papel que terminol• sus diì•as
convertido en mortaja de la peladura.
Â Â Â Â Â â€”Voy a apagar la luz.
Â Â Â Â Â â€”No, espera. Todavì•a no.
Â Â Â Â Â â€”No me digas que tienes miedo.
Â Â Â Â Â â€”Me gustarì•a seguir hablando.
Â Â Â Â Â â€”No hablo de chicos, ya sabes. Desde primeros de mes es tabul• para miì•. Ahora estoy en cuarentena.
Â Â Â Â Â â€”Querì•a hablar de... â€”no se me ocurriì•a ninguì•n asunto que pudiese interesarle. Querì•a estar a su lado, sol
Â Â Â Â Â â€”Otro diì•a, hermanita â€”y la oscuridad volviol• a rodearme con sus armas de siempre: el silencio, la soledad, los
de mi corazol•n con la cadencia de un metroì•nomo... Ya no tenì•a sentido que permaneciese a su vera. En cierta manera
me habil•a reconfortado y se lo recompensel• con un susurrado Â«buenas nochesÂ».
Â Â Â Â Â Al ponerme en pie â€”ajeno a miì•â€” el cuchillo se deslizol• en picado por la pernera de mi pantalol•n y golpeol• el
punta. Sara encendiol• la luz rabiosa, quizal•s pensando que se me habil•a caì•do de las manos algo que pretendì•a robarle.
Miroì• el cuchillo que yo acababa de recoger y protegiel•ndose con la almohada gritol•:
Â Â Â Â Â â€”Â¡Suelta ese cuchillo, asesina!
Â Â Â Â Â Le roguel• que no gritase mÃ¡s, pero mis padres ya se habil•an levantado y discutiì•an entre ellos sobre mi locura: d
siluetas fantasmales, gesticulantes, intercambiaì•ndose reproches. Mi madre se llevol• el cuchillo llorando mientras mi
padre me cogì•a del brazo y me sacaba de allí•. Me condujo al saloncillo de la casa; puso el televisor. Eran las cuatro de
la manì•ana y la programaciol•n â€”echadoras de cartas y apol•stoles de los electrodomeì•sticos maì•s disparatadosâ€” nos hiz
Sabil•a relajarme con su complicidad.
Â Â Â Â Â â€”A veces â€”me dijo refiriel•ndose a Saraâ€”, se merece que le corten el cuello. Pero esperemos que no llegue e
Â Â Â Â Â â€”No iba a cortarle el cuello. Era un cuchillo para la mantequilla.
Â Â Â Â Â â€”Por supuesto que no.
Â Â Â Â Â â€”Â¿Y mamaì•?
Â Â Â Â Â â€”Compartirì•n una aspirina y luego nos iremos todos a dormir. Â¿Quel• tal tu pie?
Â Â Â Â Â Me lo preguntol• como si acabase de lesionarme. Pellizquel• el tejido del pijama y tireì• hacia arriba descubriel•ndol
Â Â Â Â Â â€”Jul•zgalo tuì• mismo.
Â Â Â Â Â â€”No parece tan hinchado â€”opinol• amable, a pesar del cansancioâ€”. Ya es casi exactamente igual que el otro
en cuenta que nunca lo son del todo. Como las manos â€”extendì•l• las suyas y tuve la impresiol•n de que sol•lo el anillo de
casado era el que marcaba la diferencia entre una y otra.
Â Â Â Â Â â€”Siì•, se van pareciendo â€”me animeì•.
Â Â Â Â Â â€”Â¿Te duele?
Â Â Â Â Â â€”Ya no... â€”al fin y al cabo sol•lo estarì•a otro añfo en el instituto y mis sueñfos de plinto y oro habil•an pasad
requerì•a menos esfuerzo. Novelas, por quel• no. Me consoleì• del todo pensando que tampoco Àì•ngela Rodes iba a llegar
muy lejos saltando, puesto que glandularmente era un desastre y le habil•a brotado una segunda barbilla.
Â Â Â Â Â Mi padre se rascol• la nuca; estaba despeinado, natural. No era el hombre generalmente aseado con el que yo me
tropezaba cada manì•ana en el pasillo. Hacì•a fresco en casa porque el termostato de la calefacciol•n tomaba sus propias
decisiones y los radiadores perdiì•an agua. Fuera comenzaba a formarse la escarcha que pisarì•amos al salir de casa.
Flores hermosas y blancas, cristales de hielo fascinantes que contemplarì•amos conteniendo el aliento. El invierno en su
transparente y gel•lida plenitud.
Â Â Â Â Â â€”Dime una cosa: Â¿quÃ©ì• pensabas hacer con el cuchillo?
Â Â Â Â Â â€”Degollarla, Â¿no?
Â Â Â Â Â â€”Â¿Quieres que te lleve en brazos a la cama? â€”se rio.
Â Â Â Â Â â€”No creo que puedas.
Â Â Â Â Â â€”Delì•jame intentarlo.
Â Â Â Â Â â€”Claro â€”dije, y me sentiì• aupada como si auì•n tuviese seis añfos.
Â Â Â Â Â Mi padre resoploì• cargaì•ndome escaleras arriba. Yo encogì•a los pies para no tropezar con los barrotes de la
balaustrada o los cuadros de macramel• de mi madre, que recargaban el estucado.

Â Â Â Â Â â€”Creo que podrè• lograrlo â€”farfullò•.

Â Â Â Â Â â€”No me sueltes.

Â Â Â Â Â Su cabeza cuchicheaba tonterì•as junto a la mi•a. Vimos que habì•a luz en el dormitorio de Sara y dijo:

Â Â Â Â Â â€”Peligro. La cabeza de alguien puede rodar esta noche.

Â Â Â Â Â â€”Rezareì• todas mis oraciones antes de dormirme â€”prometì•, y cuando el• se despidiò• de mi• arropà•ndome
ninf•a, cerrè• los ojos y tratè• de que las viejas salmodias surgiesen de mis labios. No recordaba ninguna. En lugar de eso
murmurè• cuatro obscenidades, pensè• en chicos tumultuosos y en cò•mo venderì•a mi alma de artista al diablo cuando
uno de ellos, tembloroso, se bajase la bragueta delante de mi•. Serì•a en verano, probablemente el prò•ximo. Morirì•a
agosto y mi excitaciòn se apagarì•a bajo un cielo plagado de estrellas. Altair, Deneb y Vega en toda su magnificencia.
Despuès me echeì• a llorar.